

deseo de salir del convento y regresar á la casa paterna se apodera de su corazón.

Atormentado un día más que nunca de esta idea, el religioso se arrodilló delante de una imagen de la Santísima Virgen que había en el claustro del monasterio, y permaneció así mucho tiempo orando y llorando. De repente la imagen pareció animarse, y una dulce y melodiosa voz resonó en los oídos del devoto monje.

—Hijo mío (decía la voz de María), no te domine la tristeza; y puesto que la regla te impide ir á recoger hermosas flores para ofrecérmelas, quiero enseñarte otro medio que me agrada mucho. En vez de rosas, me ofrecerás el santo Rosario, y así como tus flores formaban un ramillete que me complacía en aceptar, de la misma manera esta devoción la oiré con gusto. Hazlo así todos los días, y tu Madre te recompensará en el cielo.

Entonces desapareció la visión, y el monje, más confortado y consolado, puso en práctica lo que la Santísima Virgen le había ordenado, cesando para siempre la tentación que tenía de volver al mundo.

Muchos años después de estos sucesos, dos hombres armados, de feroz mirada y siniestro aspecto, penetraban en las profundidades de un bosque que limitaba un camino solitario. Eran ladrones que acechaban á los viajeros. Venía la noche, cuando apercibieron en el camino á dos religiosos de San Francisco que marchaban tranquilamente, rezando y sin pensar en el peligro que les amenazaba: los bandidos se ocultaron tras de la espesura para atacar á aquellos pobres monjes sin defensa; pero cuando aprestaban sus armas, vieron un espectáculo extraño que paralizó sus brazos. Los franciscanos rezaban juntos el Rosario que la Virgen había ordenado al más joven de los monjes.

